

«Campos de Castilla»

Aparición del libro. La primera edición

En junio de 1912 aparece en la editorial madrileña Renacimiento, que dirige Gregorio Martínez Sierra, la primera edición de *Campos de Castilla*, por cuyo manuscrito cobró su autor la módica suma de 250 pesetas. Es una edición sobria y modesta, y en la cubierta lleva un dibujo representando un paisaje otoñal de árboles y nubes. Contiene esta edición cincuenta y cuatro poemas que se distribuyen así: nueve poemas iniciales, nueve poemas bajo el título *Campos de Soria* (que constituyen en realidad un solo poema, que lleva el número CXIII en las *Poesías completas*), el extenso romance *La tierra de Alvar-gonzález*, veintinueve poemitas breves agrupados bajo el título *Proverbios y cantares* (que asimismo forman un solo poema, el CXXXI, en *Poesías completas*), cuatro poemas sueltos —con los títulos *Humorada*, *Consejos*, *Profesión de fe* y *Mi bufón*—, finalmente dos elogios: a don Miguel de Unamuno, y a Juan Ramón Jiménez por su libro *Arias tristes*.

Después de publicado el libro, ya el poeta instalado en Baeza, siguió escribiendo poemas que fue incorporando a *Campos de Castilla*, en las sucesivas ediciones de sus *Poesías completas*, donde, bajo el título de *Campos de Castilla*, figuran las fechas 1907-1917. De este modo el libro fue enriqueciéndose notablemente, y pasó de las cincuenta y cuatro poesías de la primera edición de 1912, a las ciento veintitrés que se incluyen en las *Poesías completas*. Los *Proverbios y cantares*, que en la primera edición eran veintinueve, aumentaron a cincuenta y tres en las *Poesías completas*. Y asimismo los *Elogios*, que eran sólo dos en la edición de 1912, pasan a ser doce en las nuevas ediciones.

Pero el espíritu y la honda verdad poética de Machado están ya en esa primera edición, tan sobria y sencilla. Su visión severa y noventayochista de los campos y el paisaje de Castilla —campos de Soria, orillas del Duero— traía un acento nuevo, austero, a la poesía española, que impresionó a lectores de la calidad de Unamuno, Ortega y Azorín. Unamuno escribió al poeta felicitándole y anunciándole que hablaría del libro en *La Nación*, de Buenos Aires. Azorín le consagró un bello artículo en *ABC*, y Ortega le dedicó un comentario en *Los Lunes de El Imparcial*, viendo en *Campos de Castilla* el comienzo de «una novísima poesía, ya superada la retórica modernista». Los poemas de Machado —escribe Ortega— son «lo más fuerte que se ha compuesto muchos años hace sobre los campos de Castilla».

«Campos de Castilla» en la evolución de la poesía de Machado

¿Qué representa *Campos de Castilla* en la evolución de la poesía machadiana? Recordemos las fechas en que Machado sitúa los poemas de este libro: 1907-1917. Anteriormente, Machado ha publicado solamente dos libros, o más propiamente uno solo, *Soledades*, que aparece en 1903, ya que *Soledades*, *Galerías y otros poemas*, que se publica en 1907, no es, en realidad, sino una segunda edición aumentada del primero. El Machado de *Soledades* (1903) es un

Machado con influencias simbolistas y modernistas, aunque ya con un acento personal, de un intimismo trémulo y espiritualmente rico. En la época de ese primer libro suyo pensaba Machado que la poesía «no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones —alude aquí Machado claramente al modernismo—, sino una honda palpación del espíritu; lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con su voz propia, en respuesta animada al contacto del mundo». Pero ese intimismo, esa poesía vertida hacia dentro, tejida en gran parte de sueños y recuerdos —galerías del alma, fanales misteriosamente iluminados por el amor y la esperanza—, irán poco a poco cediendo en Machado a otra poesía más objetiva y realista, que ha de encontrar su cauce en *Campos de Castilla*.

¿Qué motivó esta evolución esencial de la lírica machadiana? En primer lugar, la estancia en Soria, el contacto con el campo y el paisaje castellanos, influyen profundamente en el poeta. En 1917 nos confiesa Machado: «Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada —allí me casé; allí perdí a mi esposa, a quien adoraba—, orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano.» En efecto, el poeta, en contacto diario con la tierra y el paisaje de Castilla, empapa su alma de ellos, hasta identificarse con su materia y su espíritu, y necesita cantarlos en sus poemas. Su poesía tiende ahora, pues, a ser descriptiva y realista. Machado no dejó de referirse a esa evolución de su lírica. En 1917 declara su orientación hacia una poesía objetiva, incluso épica: «Pensé —escribe en el prólogo a sus *Poesías completas*— que la misión del poeta es inventar nuevos poemas de lo eterno humano, historias animadas que, siendo tuyas, viviesen, no obstante, por sí mismas. Me pareció el romance la suprema expresión de la poesía y quise escribir un nuevo Romancero.

A este propósito responde *La tierra de Alvar-gonzález*.» Pero la experiencia no debió de satisfacerle del todo, puesto que no volvió a intentarla nunca.

Castilla y Andalucía

La mayor parte de los poemas de *Campos de Castilla* están escritos en Soria de 1906 a 1912. Pero a partir de este último año, en que muere Leonor, y Machado se incorpora a su nuevo destino en Baeza, muchos poemas están fechados en esa ciudad andaluza, y en otros pueblos de Córdoba o Jaén¹. La línea divisoria entre poemas castellanos y andaluces la marca el poema *Recuerdos*, fechado en el tren, en abril de 1913², camino de Baeza. Es un entrañable adiós a su amada tierra soriana:

¡Adiós, tierra de Soria; adiós el alto llano
cercado de colinas y crestas militares,
alcores y roquedas del yermo castellano,
fantasmas de robledos y sombras de encinares!
En la desesperanza y en la melancolía
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.
Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,
por los floridos valles, mi corazón te lleva.

En los primeros tiempos de su estancia en Baeza, el recuerdo de Soria y sus campos, ligado al de Leonor, llena aún el corazón de Machado, inspirándole una serie de poemas conmovedores. La muerte de Leonor es evocada en un breve romance, *Una noche de verano*, de un patetismo punzante

por la misma sencillez del poema. *Allá en las tierras altas y Soñé que tú me llevabas* son otros breves y bellos poemas en que el recuerdo conmovido de Leonor está presente. Y en otro, aún más breve, Machado exhala toda su tristeza en cuatro versos desesperados:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

El encuentro con su tierra andaluza le inspira también algunos jugosos poemas, tales como *Caminos y Los olivos*. Pero tiene razón Dámaso Alonso cuando observa³ que Machado ya no es capaz de cantar el campo andaluz con la belleza y hondura con que ha cantado el de Castilla. Es más, algunos de los mejores poemas que Machado escribe en Baeza están escritos soñando con las tierras de Soria, en las que tan feliz fue junto a su amada. Tal, por ejemplo, el que escribe *A José María Palacio*⁴. Y es que, como el mismo Machado confiesa en otro poema:

En estos campos de la tierra mía,
y extranjero en los campos de mi tierra
—yo tuve patria donde corre el Duero
por entre grises peñas
y fantasmas de viejos encinares,
allá en Castilla, mística y guerrera,
Castilla la gentil, humilde y brava,
Castilla del desdén y de la fuerza...—
en estos campos de mi Andalucía,
¡oh, tierra en que nací, cantar quisiera...

Y en uno de sus mejores sonetos:

Mi corazón está donde ha nacido
no a la vida, al amor, cerca del Duero...
¡El muro blanco y el ciprés erguido!

El tema de España

La evolución hacia una poesía menos subjetiva e íntima, más abierta a un realismo temporalista, se muestra también, a partir de 1913, en la inclinación a cantar los temas de la patria: el destino de España. Aludiendo a la temática de *Campos de Castilla*, nos dice Machado en 1917: «A una preocupación patriótica responden muchas de sus composiciones; otras, al simple amor de la Naturaleza, que en mí supera infinitamente al del arte. Por último, algunas rimas revelan las muchas horas de mi vida gastadas —alguien dirá: perdidas— en meditar sobre los enigmas del hombre y del mundo.» Ciertamente esa preocupación patriótica por el destino de España la comparte Machado con otras grandes figuras de la generación del 98 —Unamuno, Valle-Inclán, Azorín—, pero acaso nadie como él ha sabido cantar el tema con versos tan hondos. Al igual que Unamuno, vio pronto Machado en las tierras de España la «sombra errante de Caín»:

...un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.
(*Por tierras de España*)

Y en algunos poemas —sobre todo en *El mañana estméro*— nos da Machado una imagen de la España inferior, torpe y rutinaria, de espaldas al futuro. Una España que Machado desdeñaba. Pero junto a esa España inferior, Machado supo cantar una España soñada, una España futura:

Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.

(*El mañana estméro*)

El drama de España, la lucha entre la España que muere y la que nace, sangra en algunos de los poemas que Machado incluye en la serie de sus *Elogios*, última parte de *Campos de Castilla*, sobre todo en el poema-homenaje al libro *Castilla*, de Azorín. Hay en este poema, junto a una hermosa evocación nostálgica de Castilla y su paisaje, una afirmación de fe en el futuro de España, escrita desde la andaluza Baeza:

¡Oh tú, Azorín, escucha: España quiere
surgir, brotar, toda una España empieza!
¿Y ha de helarse en la España que se muere?
¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?
Para salvar la nueva epifanía
hay que acudir, ya es hora,
con el hacha y el fuego al nuevo día.
Oye cantar los gallos de la aurora.

La preocupación filosófica

A los años de Baeza corresponde también la mayoría de una extensa serie de poemas breves que Machado agrupó en su libro bajo el título *Proverbios y cantares*, y en la que, junto a la copla popular o la rima sentenciosa —al modo de don Sem Tob—, encontramos el poemilla filosófico de expresión muy concisa, cruzado a veces por una veta irónica y burlona. Fue en Baeza donde empezó a sentir Machado serias inquietudes filosóficas, que ya no le abandonaron nunca. La serie de los *Proverbios y cantares* fue continuada en su libro siguiente, *Nuevas canciones*, publicado en 1924, y al mismo tiempo

Machado escribía las prosas meditativas y filosóficas de su *Juan de Mairena*. Dámaso Alonso ha sostenido la tesis de que en Machado el aprendiz de filósofo perjudicó al poeta, que ya no cuajó otro libro tan redondo e intenso como *Soledades* o como *Campos de Castilla*. En todo caso, esos breves poemillas, de denso e incisivo pensamiento, no deben desdeñarse en la lírica de Machado, y constituyen el contrapunto filosófico y meditador al lirismo intenso y a los fanales transparentes de la primera época del poeta.

Campos de Castilla es el libro capital de Antonio Machado. Nadie ha cantado el paisaje castellano —tierras de Soria, orillas del Duero— con la hondura e intensa espiritualidad con que lo ha hecho Machado en este libro. Porque Machado no se limita a describirnos, con expresivo y poderoso pincel, el paisaje de Castilla —campos, montes, árboles—, sino que nos revela el alma de ese paisaje, el alma de la austera Castilla.